



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: francés.]

Las familias cristianas, sujetos de la misión de la Iglesia

Acoger al amor conyugal y familiar como impulso para la misión

Martes, 13 de octubre de 2026

Sra. Véronique Lonchamp

La reflexión de hoy se basa en una firme convicción de *Amoris laetitia*: las familias cristianas no son simplemente destinatarias del acompañamiento pastoral de la Iglesia; son “las principales protagonistas de la pastoral familiar”¹ y sujetos activos de la misión de la Iglesia. Su contribución es insustituible. No reside principalmente en su actuar, sino en su mismo ser: en su manera de vivir cotidianamente la “profunda comunidad de vida y de amor”². **Cuando su vida cotidiana se convierte en un lugar donde el Evangelio se encarna y se hace visible en las relaciones, los gestos y las pruebas de cada día, ellas hacen visible el amor de Cristo por su Iglesia**³. Y esta es su primera misión.

Como recuerda *Amoris Laetitia*, el “sí” del matrimonio marca «el inicio de un itinerario»⁴; es una “historia de salvación”⁵: los esposos aprenden progresivamente a amarse más, mal grado sus fragilidades y sus límites, su amor es llamado a madurar durante toda la vida⁶, apoyado por la gracia sacramental.

Ahora bien, el matrimonio une a dos personas diferentes por su historia, su carácter y sus expectativas. Crecer juntos en el amor es un desafío que requiere cultivar actitudes esenciales: diálogo, perdón, paciencia, entrega de sí y respeto mutuo. Estas actitudes se traducen, en los momentos cotidianos de la vida conyugal, en la capacidad de escuchar al otro, de afrontar los conflictos, de pedir y conceder el perdón, de sobrellevar juntos las pruebas, de perseverar en la fidelidad, de acoger a un hijo, de cuidarse mutuamente o incluso de volver a empezar tras un fracaso.

De este modo, los esposos hacen visible el amor de Cristo: cada paso dado en el amor, por pequeño que sea, se convierte en un signo de ello. Al permitir que la gracia de Dios actúe en sus vidas, **los esposos se convierten, para sus hijos y para quienes les rodean, en “cooperadores de la gracia y**

¹ AL 200

² GS 48

³ Cf. AL121

⁴ AL 218

⁵ AL 221

⁶ Cf. AL 134 et AL 220

testigos de la fe⁷. *Amoris Laetitia*⁸ nos recuerda también que la familia es el primer ámbito de socialización, donde se aprende a prestar atención al otro, a compartir, a respetar y a ayudarse mutuamente. Es en la vida cotidiana de la familia donde se aprende concretamente a vivir el Evangelio.

La familia es un espacio de acogida incondicional. En ella, el niño es recibido como un don, amado por sí mismo e invitado a descubrir su lugar único en el seno familiar, incluso cuando la discapacidad, las adversidades o ciertas decisiones vitales suscitan incomprendiones, desacuerdos o tensiones.

Es también un ámbito de acompañamiento fiel y duradero. Los padres apoyan a cada hijo en su crecimiento, le ayudan a ser libre y responsable, y permanecen como una presencia estable a lo largo de toda su vida.

Por último, es un lugar donde se aprende a discernir. Al enfrentarse a múltiples opciones y, a veces, a situaciones complejas, los padres acompañan a cada uno de sus hijos en la búsqueda de aquello que le ayude a crecer y a avanzar en su propio camino.

Dado que los miembros de una familia no se eligen entre sí, cada uno aprende a convivir con diferencias de temperamento, generación o trayectoria. Mantener el vínculo a pesar de las tensiones, dar cabida a cada persona, acoger a los recién llegados y cuidar de los más vulnerables son formas concretas de vivir la caridad.

Mediante “miles de gestos reales y concretos”⁹, cada uno experimenta el perdón, la paciencia, el servicio, la fidelidad y la misericordia. Estas actitudes pueden vivirse y manifestarse en cualquier familia que busque vivir según el Evangelio, incluso cuando su situación no se ajuste plenamente al ideal cristiano del matrimonio. Pues ninguna familia está constituida de una vez por todas, ninguna es perfecta; cada una está llamada a dejarse transformar por la acción de Dios en su vida cotidiana para llegar a ser signo de la presencia de Dios en el mundo.

La familia se convierte así en ese “lugar teologal” donde es posible experimentar la presencia mística del Señor resucitado¹⁰ y una verdadera “Iglesia doméstica” donde la fe se vive, se celebra y se transmite en la vida cotidiana. La familia no solo transmite valores: los encarna. En ella, la fe no se enseña principalmente como una lección teórica, sino que se vive a través de la atención a los más vulnerables, la solidaridad entre generaciones, la capacidad de afrontar juntos las dificultades, la oración compartida y el perdón tras los conflictos.

La coherencia entre la fe profesada y el modo de vida manifiesta así un amor auténticamente humano y cristiano en todas sus dimensiones: afectiva, relacional, corporal y espiritual. Transmite a los hijos una visión cristiana del amor — referencia esencial para su vida afectiva y relacional — en un contexto cultural marcado, en particular, por la banalización de la pornografía.

Los itinerarios de fe que se observan hoy ofrecen numerosos testimonios de la fecundidad de la vida familiar:

Futuros esposos con escasa formación catequética dan testimonio de que su deseo de casarse por la Iglesia nació del recuerdo de la fe vivida por algún abuelo.

⁷ AL 321 citando AA 11

⁸ Cf. AL 276

⁹ AL 315

¹⁰ AL 317

El reciente auge del catecumenado en Francia demuestra que la transmisión de la fe es a menudo multidireccional: el camino de fe de un niño, un adolescente o un adulto catecúmeno conduce frecuentemente a otros miembros de su familia a redescubrir la fe cristiana. De este modo, todos pueden ser, unos para otros, testigos y transmisores del Evangelio.

“Célula vital para transformar el mundo”¹¹ , La familia irradia su influencia mucho más allá del hogar. Su manera de ser y de relacionarse se manifiesta en los ámbitos donde vive, trabaja y se compromete, incluso allí donde la Iglesia tiene poca presencia.

Así, un empresario se esfuerza por conciliar las exigencias económicas, la dignidad de las personas y la calidad de las relaciones humanas.

Unos padres comprometidos con la vida de un centro educativo contribuyen al bien común poniendo sus capacidades al servicio de los niños y de las familias.

Quienes han aprendido en familia a prestar atención a cada persona y a respetar a los más vulnerables salen en defensa de aquellos que son injustamente marginados, menospreciados o juzgados, ya sea en el ámbito asociativo o en el profesional.

Las familias atentas a las personas mayores que viven solas o a los vecinos que atraviesan dificultades hacen visible una auténtica fraternidad.

Del mismo modo, al vivir y transmitir a sus hijos, de manera concreta, el respeto por la creación, las familias contribuyen a fomentar en la sociedad una cultura de ecología integral.

En el contexto francés, donde la fe suele vivirse con discreción, este testimonio se manifiesta en la forma de vivir las relaciones humanas. No es raro que personas alejadas de la Iglesia acudan espontáneamente a los cristianos en busca de escucha, consejo o consuelo. Perciben en ellos una atención hacia las personas, una fidelidad en los compromisos y una esperanza que inspiran confianza. Así, sin necesidad de nombrar siempre explícitamente su fe, las familias cristianas hacen perceptible algo del amor de Dios y contribuyen a humanizar las relaciones en el corazón mismo de la vida cotidiana.

Si las familias son verdaderamente sujetos activos de la misión de la Iglesia, ¿qué cambia esto para la Iglesia?

Esto conduce a reconocer mejor su lugar en la acción pastoral. Dado que conocen desde dentro las alegrías y las dificultades, la palabra de los esposos es insustituible; solo ellos pueden dar testimonio de la vocación conyugal a partir de la experiencia vivida.

Su contribución se manifiesta de forma concreta en las numerosas iniciativas surgidas en Francia durante la última década al amparo de “Amoris Laetitia”.

He aquí algunos ejemplos:

Una presencia creciente de parejas mayores en la preparación al matrimonio. Mediante su acompañamiento, el intercambio de experiencias y los vínculos de tutoría establecidos, dan testimonio de que es posible un amor duradero, de que se pueden superar las crisis y de que la fidelidad puede hacer feliz.

¹¹ AL 324

La creación de «Casas de las Familias» en las diócesis responde a la llamada del número 229 de «Amoris Laetitia» de desarrollar espacios de acogida, escucha y acompañamiento para parejas y familias.

La diversificación de itinerarios para parejas jóvenes e iniciativas de apoyo a la crianza, con formatos a distancia adaptados a las zonas rurales.

- La contribución de las parejas a la elaboración de orientaciones diocesanas para el acompañamiento de personas separadas, divorciadas o que han contraído una nueva unión.
- El capítulo IV, especialmente el comentario al himno al Amor, constituye una guía valiosa para la vida conyugal. Llega profundamente a las parejas y sería muy beneficioso que se difundiera mucho más ampliamente.

Por otra parte, reconocer a las familias como sujetos activos invita a la Iglesia a recibir de ellas una experiencia insustituible del amor, la fidelidad, la educación, la fragilidad y el perdón. No se trata solo de confiarles más responsabilidades pastorales. La Iglesia está llamada también a recibir de ellas un saber hacer que brota de su propio modo de ser.

Al vivir cotidianamente las alegrías y las fragilidades de las relaciones humanas, las familias saben que una persona crece gracias a una acogida incondicional, a una presencia fiel y constante, a un discernimiento paciente y a una integración que rechaza la exclusión; saben también, por experiencia, que la familia crece cuando da su lugar a los más pequeños y a los más frágiles.

Experimentan que el crecimiento humano y espiritual es un camino, a menudo lento, marcado por avances, retrocesos y nuevos comienzos.

Las familias aprenden concretamente a convivir a pesar de las diferencias y las tensiones, a priorizar la acogida frente al juicio, a acompañar a cada uno en su propio camino, a discernir las posibilidades de crecimiento, a velar por que cada cual tenga su lugar y a practicar el perdón y la reconciliación.

La experiencia familiar ilumina de manera particular los cuatro verbos que estructuran la acción pastoral: acoger, acompañar, discernir e integrar.

Al dejarse instruir por esta experiencia, la Iglesia está llamada a llegar a ser más plenamente lo que es: «una familia de familias»¹², donde cada uno pueda ser acogido, acompañado y apoyado en las dificultades, y ayudado a crecer en la fe a su propio ritmo.

¿Cómo esta experiencia concreta de las familias ilumina la práctica de escucha, discernimiento y toma de decisiones de la Iglesia? ¿Y cómo podría la Iglesia acoger mejor su contribución para concebir y ejercer su misión?

Es esencial apoyar a las familias en su vocación misionera. Sin embargo, la cuestión no es solo lo que la Iglesia puede hacer con ellas, sino también reconocer lo que la Iglesia recibe de ellas. Cuando las familias son reconocidas como verdaderos protagonistas de la misión, ayudan a la Iglesia misma a ser más sinodal, misionera y atenta a las personas.

¹² AL 87